

Establecido en Tetzoco el cuartel general, rompe Cortés las hostilidades con un asalto sobre Itztapalapa, donde él y los suyos se ven á punto de morir ahogados, á causa de que los mexica "soltaron las azequias de agua dulce y salada y abrieron vna calçada:" el autor quedó "muy mal herido de vn bote de lança que me dieron En la garganta Junto del gznate, questuve della a peligro de muerte, de que agora tengo una señal." No pensaba Cortés en atacar directamente á México; comprendía que con esto no alcanzaría un resultado satisfactorio; proponíase únicamente sitiarse la ciudad y reducirla por hambre: para lograrlo, había encomendado á los tlaxcalteca la construcción de 13 bergantines, que esperaba con ansia.

Entretanto, combatía á sangre y fuego las poblaciones inmediatas. El autor no concurrió á los primeros combates por estar enfermo aún de su peligrosa herida; pero apenas le cicatriza, toma las armas de nuevo y acompaña á Cortés á auxiliar á los naturales de Chalco, donde se distingue entre los soldados de mayor arrojo.

Por su parte, Cuauhtémoc, que era hoy el Señor de México, proveía á la defensa de su patria con resolución sin igual: había obtenido de sus súbditos el ofrecimiento solemne de "q̄ por via ninguna no avian de hazer paçes sino morir todos peleando o quitarnos a nosotros las vidas."

La lucha fué extraordinariamente larga, encarnizada y sin cuartel. Principió el sitio en 21 de mayo de 1521 y duró ochenta y cinco días. Ni por un solo momento los mexica llegaron á dar muestras de flaqueza, no obstante que carecían de agua dulce y de víveres, y á pesar de la superioridad de las armas de los castellanos y del incontable número de sus aliados indígenas;<sup>1</sup> cada nuevo día era para ellos el pri-

1 El autor tiende á disminuir sobremanera el número de estos últimos; mas Cortés nos hace saber que eran "infinita gente," "infinito número," "que no tenían quento," que únicamente los que le acom-

mero de la lucha, por la decisión y pujanza con que se presentaban en el campo de combate, y asimismo porque no cesaban de guerrear "desde q̄ amanecía hasta la noche."

Cuando habían perecido ya los más de ellos, todavía entonces los pocos que subsistían, se sobreponían estoicamente á la sed, al hambre, al cansancio y á la peste para defender á su patria, y todavía entonces tambien rechazaban con indómita entereza las reiteradas proposiciones de paz que les hacía Cortés. No de otra suerte acabaron.

El ejército que debía hostilizar por tierra á los mexica, quedó dividido desde un principio en tres secciones. Al autor le tocó militar en la de Tlacopan, que mandaba Pedro de Alvarado. Bernal estuvo allí varias veces á riesgo de perder la vida; primero, á raíz de haberse establecido el sitio; pocos días más tarde, cuando los mexica lograron aprehenderle: "ya me habian hechado mano muchos yndios y tuve manera para desEnbaraçar el braço y nro señor Jesuxpo q̄ me dio Esfuerço para q̄ a buenas estocadas q̄ les di, me salve, y bien herido En vn braço;" en otra ocasión consiguieron también hacerle prisionero, mas "quiso dios q̄ me Escape de su poder;" por último, el día de la tremenda derrota que sufrió Cortés, á fines de junio, el autor salió herido de "vn flechazo e vna cuchillada."

Concluyó el sitio el 13 de agosto de 1521 con la toma del último rincón noreste de la ciudad, donde heroicamente resistían aún los contados mexica que para entonces sobrevivían.

Dueño Cortés de la Gran Tenochtitlan, reunió, por segunda vez, mucho oro, si bien no en tanta cantidad como anteriormente. Al procederse á la repartición, por segunda vez, asimismo, quedaron profundamente disgustados los castellanos, porque miraban que después de sus inmensos

pañaban á él, ascendían á "mas de ciento y cincuenta mil hombres." (Obra citada, págs. 221, 231, 242 y 246.)

trabajos y peligros continuos de muerte, "cabian a los de a cavallo a ochenta pesos y a los ballesteros y escopeteros y rrodeleros a sesenta o a cincuenta pesos q̄ no se me acuerda bien." Lo más sensible para los aventureros españoles fué "q̄ debiamos de ballestas á çinq<sup>ta</sup> y a sesenta pesos y otros de vna espada çinq<sup>ta</sup> y desta manera Eran tan caras todas las cosas q̄ aviamos conprado pues un curujano que se llamava maestre jvan que curava algunas malas heridas y se yguálava por la cura a excesivos preçios y tambien vn medio matasanos q̄ se dezia murçia q̄ Era boticario y barbero q̄ tambien curava y otras treynta tranpas y tarrabusterias que debiamos." El autor siguió empeñado, en consecuencia, no obstante su buen pelear y sus muchas y graves heridas.

Decepcionado, pero sin abandonar todavía la esperanza de mejorar de fortuna, que acá le trajo, acompañó á su amigo Gonzalo de Sandoval á la conquista de Tuxtépec, lugar abundante en oro, según "los libros de la rrenta de montezuma," que había estudiado el autor. Estando allá, Sandoval le dice que se quede y le ofrece en repartimiento los ricos pueblos de Matlatan, Orizaba y Ozotequipa; pero Bernal rehusa, "por pareçerme q̄ si no yrya En compañía del sandoval teniendole por amigo que no hazia lo q̄ convenia a la calidad de mi persona."

Pasa á Coatzacoalcos, donde se funda la Villa de Espiritu Santo, en la que se establece Bernal, porque Cortés le da en encomienda, el 20 de septiembre de 1522, los pueblos de "Tlapa e Potonchan" pertenecientes á la provincia de Cimatan: uno y otro le satisfacen poco, á causa de que la tierra era pobre, mejor dicho, de que en ella no se hallaba oro, metal que constituía la sola riqueza posible para el autor y sus compañeros, quienes habían emigrado por esto mismo del Valle de México, que no producía "sino mucho mayz y magueyales."

Los vecinos de la Villa de Espiritu Santo le eligen regi-

dor, prueba clara de que le estimaban y consideraban. Con todo, la nueva vida que llevó Bernal, no dejó de ser bastante agitada; de continuo tenía que salir á pacificar á los pueblos de la provincia, y no sin riesgo, pues en una ocasión recibió "vn flechazo en la garganta q̄ Con la mucha sangre q̄ me salia E en aql tiempo no podia Apretallo ni tomar la sangre estuvo mi vida En harto peligro."

Por cuaresma de 1523 sale con el capitán Luis Marín á combatir á los naturales de Chiapas, "los mayores guerreros q̄ yo avia visto en toda la nueva españa Avnq̄ Entren En ellos tascaltecas y mexicanos ni çapotecas ni minxes." El autor marchaba ahora á caballo: indudablemente que sus pueblos no eran de tierra tan pobre como había supuesto. Muchas fatigas tuvo que sufrir en esta expedición: los chiapaneca peleaban cual "rraviosos leones," y en Chamula le dieron "vn buen bote de lança q̄ me pasaron las armas y si no fuera por El mucho Algodon y bien colchadas q̄ Eran me mataran porq̄ Con ser buenas las pasaron y Echaron buen pelote de algodón fuera y me dieron vna chica herida;" á pesar de ella, fué uno de los dos primeros soldados que asaltaron y tomaron la fortaleza de los indígenas. En premio á su comportamiento heroico, le encomendó Luis Marín este pueblo de Chamula, que era de gran importancia.

De regreso á Espiritu Santo, se acuchillea con Godoy por nobilísima causa, y ambos resultan heridos.

Bernal no gozó de sosiego largo tiempo. Acatando una orden de Cortés, á quien mucho temían todos los conquistadores, se ve obligado á seguir á Rodrigo Rangel á la conquista de los çapoteca; justo es mencionar que no obstante que lo hacía de mala gana, porque se sentía ya cansado y Rangel no le inspiraba simpatía, se condujo muy cumplidamente durante toda la expedición, por lo que mereció honrosas alabanzas. Fué entonces cuando los indígenas "le Enpendolaron siete flechas q̄ con El mucho algodón de las

armas se detuvieron y todavía sali herido En vna pierna;" no retrocede, sin embargo, sino que antes bien persigue todavía largo trecho á los indígenas hasta que "se acoxieron a vnas grandes çienegas q̄ tenblaban y no avia hombre q̄ En ellas Entrase que pudiese salir sino a gatas o con grande ayuda."

Vuelve á Espiritu Santo sin haber ejecutado cosa de provecho, y sigue para México, donde presencia el grandioso recibimiento que hace Cortés, el 17 ó 18 de junio de 1524, á fray Martín de Valencia y á sus doce compañeros franciscanos, entre los cuales venía fray Toribio de Benavente, á quien los indígenas pusieron por mejor nombre Motolinía, "que quiere dezir En su lengua El frayle pobre porq̄ quanto le daban por dios lo dava A los yndios y se q̄dava algunas bezes sin comer y traya vnos abitos muy rrotos y andava desCalço y sienpre les predicava y los yndios le q̄rian mucho porq̄ Era vna santa persona."

El autor regresó á su villa casi inmediatamente. Se encontraba en ella á fines de octubre del mismo año, cuando llegó Cortés, de paso para las Hibueras, á donde se dirigía con la resolución de castigar personalmente á Cristóbal de Olid que se había rebelado. Seguían al conquistador un ejército formidable y una corte numerosa de frayles y clérigos, médicos y cirujanos, mayordomos, maestresalas, botilleros, reposteros, dispenseros, cuidadores de sus "grandes baxillas de oro y plata," pajes, mozos de espuelas, monteros, chirimías, zacabuches, dulzaineros, volteadores, jugadores de manos, titiriteros, caballeros y acemileros y "vna gran manada de puercos q̄ venia comiendo." Entre los soldados y servidores de Cortés, caminaban también, aunque no de grado, Cuauhtémoc y otros grandes señores indígenas.

Llegado Cortés á Coatzacoalcos, ordena que todos los vecinos vayan con él á las Hibueras, y por esto el autor tiene que acompañarle: nadie habría osado entonces desobedecer

á Cortés. Dura suerte era la de Bernal; como él dice, "En el tiempo q̄ aviamos de rreposar de los grandes trabajos y procurar de aver algunos bienes y grangerias nos manda yr jornada de mas de quinientas leguas y todas las mas trras por donde ybamos de guerra y dexamos perdido quanto teniamos." No consoló á Bernal ser nombrado capitán por Cortés en esta ocasión, ni llevar consigo gente propia, recludada en los pueblos de sus encomiendas.

En tanto que el autor marchaba sobre Cimatan, al frente de treinta españoles y tres mil indígenas, Cortés recorría los pueblos de Tonalá y Ayagualulco; atravesaba un estero inmediato, haciendo levantar sobre él una "puente q̄ avia de largo çerca de medio quarto de legua cosa espantosa como lo hizieron," y seguía por el gran río de Mazapa hasta las poblaciones de Iquinuapa; allí se le reunió el autor.

Juntos pasaron luego por los pueblos de Copilco, Nacaxuyca, Zaguatan, Tepetitán é Itztapa. Buscando adelante á Hueyacala, ó sea "la gran acala porq̄ avia otro pueblo q̄ se dize acala la chica,"<sup>1</sup> se internan en el monte y pierden el camino, viéndose obligados entonces á abrir vereda con las espadas por entre la maleza tupida; sufren hambre y mueren de ella cuatro españoles y muchos indígenas, que caían "como desesperados:" en esta situación extrema, Bernal y Pero López salvan al ejército, pues encuentran el perdido camino, que pronto les conduce á Temastépec. Los chirimías, sacabuches y dulzaineros no daban música ya, porque "Eran acostunbrados a regalos e no sabian de trabajos y con la hanbre avian adolescido;" sólo uno tenía ánimo para tocar "y rrenegavamos todos los soldados de lo

<sup>1</sup> Significa grande, efectivamente, la palabra Huey, "Vey" ó "Uei," como escriben fray Alonso de Molina y Rémi Siméon, respectivamente, en el Vocabulario en lengua mexicana y castellana y Dictionnaire de la langue nahuatl, impresos, el primero, en México, el año de 1571, y el segundo, en París, el año de 1885.

oyr y deziamos q̄ paresçia çorras y adives q̄ ahullavan y que valiera mas tener mayz q̄ comer q̄ musica.”

En Ciguatépécad, el autor y Gonzalo Mexía se adelantan por orden de Cortés á atraer de paz á los naturales de los pueblos de Acala, misión que Bernal, por su parte, desempeña satisfactoriamente, pues regresa luego con gran cantidad de provisiones; mas como los soldados estaban hambrientos, las arrebatan todas y se las disputan entre sí; en vano les gritaba el dispensero que dejaran algo para Cortés; los soldados contestaban irritados: “buenos puercos habeys comido vos y Cortes.” Sabedor éste de lo ocurrido, se resigna, pregunta al autor de manera melosa si no dejó escondido un poco de bastimento en el camino, y acaba por rogarle humildemente que lo parta con él: accede el autor y le convida generosamente de lo que había reservado para sí y los naturales de los pueblos de sus encomiendas.

Entra el ejército en la provincia de Acala; allí, en Izancánac, Cortés manda ahorcar á Cuauhtémoc y á su primo Tetepanquetzatl, señor de Tlacopan, por sospechas que tuvo de una conspiración; el autor nos dice que sintio mucho á tan grandes señores y añade: “fue esta muerte que les dieron muy ynjustamente E pareçio mal A todos los q̄ ybamos.” Eran entonces las carnestolendas de 1525.

Llega Cortés á las tierras de los mazateca, y después de pasar por dos pueblos, uno situado sobre una isleta y otro junto á un lago de agua dulce, penetra en Tayasal. Poco adelante, Bernal principia á sentirse muy enfermo “de calenturas y del gran sol q̄ se me avia Entrado en la cabeça y en todo El cuerpo:” así tiene, no obstante, que cruzar la penosa sierra de los Pedernales, no muy alta, pero cuyas piedras “cortaban como navajas.” Frente á Tayaca, detiene al ejército, durante tres días, un río “q̄ bien se oya a dos leguas,” y encima del cual levanta Cortés una puente semejante á la construída en Ayagualulco, puentes que subsistían al cabo de muchos años para admiración de

los caminantes, que solían decir: “aquí son los puentes de cortes como si dixeran las columnas de Ercoles.”

Nuevamente se dejó sentir el hambre, y de un modo tal, que el autor nunca había sufrido tanto dolor en su corazón como esta vez, que “no tenia q̄ comer ni q̄ dar A mi gente y Estar con calenturas.” Cortés le ordena, sin embargo, que salga á buscar bastimento para el ejército, y el autor obedece sobreponiéndose á sus graves males; guiado por su experiencia y sagacidad, no tarda mucho en hallar gallinas, maíz, frijoles y “otras cosas de legumbres,” con que se abastecen por lo pronto todos los soldados.

Van á Tania, pueblo cercado de ríos y arroyos, y del cual no pueden salir, porque segunda vez pierden el camino; Cortés envía á varios castellanos á que lo descubran, pero sin logro ni efecto. Preciso es que confiera la comisión al autor, á pesar de su enfermedad: después de Dios, en él “tenia confiança q̄ traeria rrecavdo.” Y como lo trae, positivamente, pues logra encontrar el camino que se debía seguir, Cortés le manifiesta profunda gratitud y le hace buenos prometimientos: “yo os êpeño [le dice] estas e fuerō sus barbas q̄ yo tenga q̄ta con v<sup>a</sup>s<sup>a</sup>.” El conquistador llega, por fin, con su enorme ejército á Ocoliztle, pueblo inmediato á Naco, donde esperaba combatir á Cristóbal de Olid: hasta entonces sabe que éste había sido degollado desde hacía tiempo por Gil González de Avila y Francisco de las Casas. Empero, antes de regresar á México, quiere dejar afirmado su dominio en aquella lejana comarca: su desmedida ambición le hacía ver pequeño el vasto territorio de la Nueva España. Funda, así, la villa de la Natividad, “adonde aora llaman puerto de caballos,” y obliga á los naturales, que se habían remontado, á que vuelvan á poblar á Naco.

En tal estado las cosas, se reciben noticias de México de cómo el factor Gonzalo de Salazar, después de hacer correr la voz de que Cortés y sus soldados eran muertos, recogió los bienes é indios de ellos para repartirlos entre sus adic-

tos, y ordenó, además, á las esposas que resultaban viudas, que rezaran por las ánimas de sus maridos y que luego procedieran á "casarse de nuevo, y avn lo Enbio a dezir a guagaualco e a otras villas:" por cierto que la mujer de Alonso Yáñez, vecina de México, acató la orden sin vacilación y se casó precipitadamente. Ahora bien, mientras que todos los soldados se indignan y se exaltan, como era natural, y se aprestan á volver violentamente á la Nueva España para recuperar á sus esposas, indios y bienes, y aun maldicen á Cortés y á Salazar "y se nos saltavan los coraçones de coraje;" Cortés, antes enérgico, pronto y audaz hasta la temeridad, hoy débil, irresoluto y temeroso, se limita á llorar desconsoladamente y á encerrarse largas horas en su cuarto, no permitiendo que nadie le vea: el exceso de poder había enervado su carácter. Cuando sale, al fin, de su aposento, todos sus soldados "a vna le diximos y rrogamos q̄ luego se Enbarcase en tres nabios q̄ alli estavan y q̄ nos fuesemos a la nueva españa y El nos rrespondio muy amorosam<sup>te</sup> o hijos compañeros myos q̄ veo por vna parte aq̄l mal hombre del factor q̄sta muy poderoso y temo desq̄ sepa q̄stamos en el puerto nos haga otras desvergüenças y atrevim<sup>s</sup> mas de lo q̄ a hecho o me mate o me ahoge o Eche preso Asi a mi como a vras personas:" las cuantiosas riquezas que ahora poseía Cortés, le hacían amar demasiado la vida.

Abandona egoístamente al grueso del ejército y se hace á la mar con unos cuantos servidores. El autor le había rogado muy encarecidamente que lo llevara con él: títulos sobrados tenía para solicitar esta y otras mercedes más grandes; pero Cortés, que había desoído siempre á la gratitud, le dejó allá para que viniese por tierra.

Y por tierra vino, en efecto, sufriendo nuevamente cotidianas penalidades y teniendo también que luchar con los indígenas. Pasó por Maniani, Cholulteca-malalaca, los Chapparrastiques, Cuzcatlan ó Cascacatan, cuyos habitantes le hirieron de un flechazo, Petapa, Guatemala, Olintépec, So-

conusco, Tehuantépec, Oaxaca y México. Entró en la capital á principios de 1527, después de un trabajosísimo viaje de "mas de dos años e tres meses," durante el cual había servido en todo "muy bien e lealmente," sin llevar "sueldo ni otro partido alguno." Llegó pobre, adeudado y con la ropa rota. Andrés de Tapia le hospedó en su casa y Gonzalo de Sandoval le envió vestidos para que se ataviase "E oro e cacao para gastar."

A la sazón, gobernaba la Nueva España Marcos de Aguilar, á quien el autor suplicó le diesen indios en México, porque los de Coatzacoalcos "no Eran de provecho." Aguilar le hizo únicamente buenos prometimientos, alegando que aun no recibía poder para repartir indios.

En el mismo año sucedió á Aguilar, Alonso de Estrada, primero en compañía de Sandoval y luego solo, cuya gobernación fué muy funesta para el autor: bajo ella, Baltasar Osorio y Diego de Mazariegos le desposeen "por fuerza" de sus encomiendas de Micapa, Tlapa y de Chamula, con el fin de agregarlas á las nuevas villas de Chiapas y de Tabasco. Imposibilitado el autor "para tratar pleitos con dos villas," ocurre á Estrada en demanda de justicia y obtiene de él, con fecha 3 de abril de 1528, la encomienda "de los pueblos de Gualpitán é Micapa, que son en las sierras de Cachulco, que solían ser sujetos á Cimatán, é de Popoloatán en la provincia de Citla." El autor no quedó, sin embargo, satisfecho, debido á que estos pueblos eran de poca importancia y no le compensaban ni con mucho la pérdida de Tlapa, que tenía "mas de mil casas," y la de Chamula, que contaba "mas de cuatrocientas e las estancias mas de docientas."

A fines del repetido año de 1528 sustituyó á Estrada la 1<sup>a</sup> Audiencia, que quiso proceder, acto continuo, al repartimiento perpetuo de los indios, y ordenó, con tal objeto, á las ciudades y villas pobladas por castellanos, nombraran procuradores que viniesen á la capital. La disposición no